

Antonio Pagés Larraya

Plumas en el Perú de los Incas



RESPLANDECE el aire frente al Andes majestuoso, contra los muros de rocas ciclópeas, en la imperial ciudadela del Cuzco. Es el día único del año en que el Inca, hijo del Sol, puede elegir entre las adolescentes de sus más nobles familias, las que quiera llevar a su palacio. En el templo enorme se han reunido ya —hermosas entre las hermosas— las vírgenes Coyas del *Acllay Huasi*. Difícil sería espigar entre ellas, difícil señalar las desdeñadas... Estas debían desaparecer luego para siempre, en el celoso enclaustramiento donde quedarían consagradas al culto y servicio del Padre Sol. Únicamente las Ñustas de familia real, o sea las hijas y hermanas del Inca, gozaban el casto privilegio de convertirse en esposas del astro divinizado.

Tres años ha durado la preparación de las Coyas para ser dignas del palacio del Inca o del culto virginal. Durante esos tres años han aprendido todas las artes que corresponden a su rango y servicio: el tejido, el hilado, la confección de esas prendas maravillosas y extrañas que sólo pueden vestir el Inca y su familia. A partir de una palabra del monarca, veinte porterías han de separarlas del mundo exterior. Seguirán preparando, suaves y puras como una música de quena, a las recién venidas; los años las convierten en expertas, ancianas *mamacunas* que pueblan el silencio del *Acllay Huasi* con historias y consejos de antiquísimas tradiciones.

Hilan y tejen las vírgenes sumisas, bajo la dulce maestría de sus *mamacunas*. El copo que retuercen ha sido cortado del pellejo gracioso de la cabra, o de la llama, o de la vicuña dorada, o bien lo ha nutrido la tierra en fibras o capullos. Pero hay una tela entre las manos ágiles, que titila como el rocío y se irisa como un nácar tibio de mil colores. Se teje con un hilo delgado como de araña, fuerte y flexible como la seda; se guarda en largos carreteles—*de más de un palmo*— de corazón de maguey. El material con que se labran esa tela y ese hilo, ha llegado de lejanas provincias del incario, de las frondas tropicales de la costa y de más allá... Constituye el tributo de pueblos remotos; viene mecido de viento y de leguas, batido en el ala rumorosa: es la pluma de mil pájaros diversos, hecha iris de tejer.

Con ese hijo de plumas, de indescriptibles reflejos, *que si no es viéndolo no se puede dar bien a entender* —como expresa el P. Acosta—, las vírgenes del sol *hacían vestidos* —dice otro cronista, Bernabé Cobo—, que *ponían espanto, donde se podía haber tanta cantidad de tornasol*. Y agrega: *Había asimismo, otras muchas plumas de diferentes colores para este efecto de hacer ropas que vestían los Señores y Señoras y no otros, en los tiempos de sus fiestas*.

Lo que asombra al P. Cobo en 1653, ya había sido relatado también por Pero Sancho de la Hoz, compañero y escribano de Pizarro, en su narración de la entrada al Cuzco. Dice que allí encontraron *casas donde se conservan los tributos que traen los vasallos a los caciques; y casa hay en que se guardan más de cien mil pájaros secos, porque de sus plumas que son de muchos colores se hacen vestiduras, y hay muchas casas para esto*.

¿Cuántos miles de pajarillos —nos preguntamos— habrán provisto el plumón de su buche para adornar los mantos y túnicas de Incas, que no debían ponerse cada prenda más que *una vez*? El día de su coronación el Inca, entre complicados ayunos, corte de cabello y cambios de ropa, vestía cuatro trajes tejidos a toda prisa por su madre y hermanas *ese mismo día*, entre ella los mantos con entramado de plumas; una *wincha* con que sujeta a su peinado las dos

plumas de *corequenque* —el ave totémica de su casta—, una de cada ala como indica la tradición, verdadero emblema de su poder. La pluma era, pues, no sólo adorno y riqueza, sino elemento de alto simbolismo en la cultura incaica.

Indios y plumas son ideas que se asocian con frecuencia. Son prácticamente inseparables. Sin embargo, poco es lo que se conoce vulgarmente de la maravillosa artesanía con que esa ingrátida materia fué trabajada en siglos de civilización precolombina.

El Perú, tierra de fabulosas riquezas, es también cuna de habilidades inimitables. Aparte las artes mayores —arquitectura, música, escultura—, anotemos: los mejores ceramistas de América son los que trabajaron la tierra arcillosa de la costa donde se hicieron, por ejemplo, los vasos —retratos del arte mochika, prodigios de observación y realismo—; finos orfebres y plateros, como los del Cuzco, dejaron admirados a sus colegas de Cádiz... El barroco virreinal aprovechó, por cierto, la extraordinaria capacidad de los peruanos.

Pero antes del descubrimiento, hubo una región —Parakas— cuya cultura se distinguió por la perfección increíble de su arte tisurero. Ninguna clase de tela era desconocida en Parakas; su técnica del gobelino, absoluta y prolijamente igual de ambas caras, es magistral; y en cuanto al retorcimiento de los hilos, dice el arqueólogo norteamericano Wendel C. Bennet con referencia a los de estos antiguos peruanos: *El hilo perfecto no hay que buscarlo; ya ha sido hecho.*

El pueblo de Parakas ama la esplendidez en los adornos. No extraña pues, que hayan llevado a su máximo desarrollo también el arte plumario. Sus grandes personajes, bordados a todo colorido en los mantos y telas funerarias, fueron precursores del imperio incaico, y sus tejedores legaron los secretos de su labor a los hábiles artesanos que sorprendió la conquista. Y entre éstos, a las vírgenes del Sol que hacían las túnicas reales.

Los tejedores de Parakas usaron sobre todo el algodón, pero también la lana —que absorbe mejor los tintes— de guanaco, de llama, alpaca y vicuña (*atku*), las fibras de maguey, pieles de mur-

ciélago, cabellos humanos, y, como elemento de mayor visualidad y magnificencia, las plumas de multitud de aves.

El jesuíta P. Acosta, que se ocupa largamente del tema, no oculta su admiración por las "telas de plumería" que vió en el Cuzco: *Eran de mayor estimación y valor —dice— y con mucha razón: porque las que yo he visto, son de mucho estimar donde quiera...* Y en el mismo capítulo, más adelante, vuelve a comentar que *causa la admiración que de plumas de pájaros se puede labrar obra tan delicada, y tan igual, que no parece sino colores pintados, y lo que no puede hacer el pincel y los colores de tinte: tienen unos visos mirados un poco a soslayo tan lindos, tan alegres y vivos, que deleitan admirablemente. Algunos indios, buenos maestros, retratan con perfección, de pluma, lo que ven de pincel, que ninguna ventaja los hacen los pintores de España.* Mucho debía ser el "encantamiento" del cronista para considerar a los tejedores cuzqueños por encima de sus compatriotas peninsulares...

También se preocupó de averiguar la técnica de esos tejidos. Explica el P. Acosta que las plumas grandes eran enhebradas por los cañones y las pequeñas, en cambio, iban pegadas. Revela el procedimiento y a través de sus palabras podemos casi ver al entusiasta relator, conteniendo la respiración, detenido horas y horas frente al indígena que trabaja en silencio, la pluma minúscula y voladiza: *El modo es con unas pinzas tomar las plumas, arrancándolas de los mismos pájaros muertos, y con un engrudillo delicado que tienen, irlas pegando con gran presteza y policía.*

El arqueólogo Yacovleff, autor de un erudito ensayo sobre el *Arte plumaria entre los antiguos peruanos*, indica otro procedimiento para incorporar plumas al tejido: *Plumas muy pequeñas y sutiles que las iban cogiendo en la trama con un hilo delgado de lana y echándolas a un lado, haciendo de él las mismas labores y figuras que llevaban sus más vistosos cumbis.*

Hemos hallado así cuatro maneras de realizar las desconcertantes "telas de plumería": coser las plumas por los cañones (si son grandes); pegarlas a una tela ya tejida (las más pequeñas); tejer

directamente una trama con hilos de pluma; y finalmente, entretejerlas de manera que su pelusilla sobresalga del género a modo de terciopelo.

El uso de plumas en la vestimenta es muy antiguo en el Perú. En el Tiawanako, lo mismo que en México, llegó a un florecimiento inusitado ese arte que culmina, en ambas civilizaciones, con los mosaicos hechos de plumas de aves tropicales. Estas avecillas provenían a veces de la selva amazónica.

Muchas otras aplicaciones tenía la pluma en la arcaica cultura peruana: en Parakas, además de los amplios abanicos semicirculares y los orgullosos penachos de los nobles, se hacían hondas con plumas ensartadas, escudos y estandartes; se adornaban las armas de los guerreros, ya sea con la severa pluma del cóndor, con los colorinches de las psitácidas o con las tenues y tornasoladas del picaflor. En las grandes ceremonias se lucía la gracia alada o majestuosa de la pluma en los bastones de los oficiantes; en los largos pendientes forrados de plumón aterciopelado; en las faldas de los danzarines, hechas con plumas de guacamayo. Y por fin los hechiceros, desplegando el máximo de vistosidad, llevaban una *kushma* o *unku* (camiseta) de plumas salpicada con chapas de oro y plata, y unas enormes coronas de plumas redondas.

Los españoles que llegaron al Perú con la espada y la cruz de la conquista, dejan en sus relatos el testimonio de un infinito asombro ante la cultura del incario. La primera vez que Atahualpa se presentó ante los pasmados ojos del hombre blanco, en Cajamarca, portando todos los signos de su realeza, causó una impresión inolvidable. Los que describen la escena traslucen el efecto causado por la hierática figura del inca sobre su trono de oro, con su collar de esmeraldas, su manto de intrincados dibujos, su alabarda con una cinta de oro que llegaba hasta el suelo, rodeado por su escolta de complejos uniformes azul y oro, las telas de vivos matices, la riqueza de sus insignias y adornos, y sobre todo las mantas prodigiosas de color que, al ser miradas de cerca, revelaban entre su urdimbre una irisada felpilla de pluma.

El oro y la plata deslumbran la codicia; la pluma, en delicadísimas labores y en los ornamentos de simbolismo tradicional, deja en los conquistadores la emoción de lo extraño y prodigioso. Se justifica pues el "espanto" de los españoles frente a esas prendas de maravilla que superaban en mucho a todo lo creado por las hadas y magos de sus fantásticas novelas de caballería.

Imaginemos la vibración tremenda del soldado —rudo, noble o aventurero— al descubrir, tras el muro ciclópeo del castillo o del templo, al grupo tembloroso de coyas virginales, cadenciosas, calladas y morenas, cubiertas por el iris flexible de un tela urdida con plumas de colibrí... (1).

Buenos Aires, agosto de 1955.

(1) Para este trabajo, cuya intención es literaria y no arqueológica, he consultado la siguiente bibliografía: Acosta, José, *Historia natural y moral de las Indias* (México, 1940); Bennet, Wendell C., *Introducción al arte del Perú precolombino* (Nueva York, 1939); Caslet, Adolphe, y Brummerm, Ernest, *L'art precolombien* (París, 1928); Cobo, Bernabé, *Historia del Nuevo Mundo* (Sevilla, 1890-1893); Cossío del Pomar, Felipe, *Arte del Perú precolombino* (México, 1949); Fester, Gustavo A., *Algunos tejidos indígenas del Perú* (en "Revista del Museo Nacional", Lima, 1934); Latcham, Ricardo, *Los Incas, sus orígenes y sus ayllus* (Santiago de Chile, 1927-1928); Márquez Miranda, Fernando, *Los aborígenes de América del Sur* (Buenos Aires, ed. Jackson, s. f.); Pizarro, Pedro, *Descubrimiento y conquista del Perú* (Colección de libros y documentos referentes a la historia del Perú, Lima, 1917); Rojas, Ricardo, *Silabario de la decoración americana* (Buenos Aires, 1930); Sancho de la Hoz, Pero, *Relación de lo sucedido en la conquista del Perú* (Colección de libros y documentos referentes a la historia del Perú, Lima, 1917); Yacovleff, Eugenio, *Arte plumaria entre los antiguos peruanos* (en "Revista del Museo Nacional", Lima, 1933, t. II, págs. 140-143).